

MICHEL CAVILLAC, *Gueux et marchands dans le "Guzmán de Alfarache" (1599-1604). Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*. Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines de l'Université de Bordeaux, Bordeaux, 1983; 468 pp.

Mucho se ha escrito sobre el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán. Varias han sido las perspectivas de la crítica, pero en general se ha limitado a resaltar algún aspecto de la obra sin verla como una totalidad. En su investigación, el profesor Cavillac analiza la novela desde un punto de vista global estudiando su dependencia respecto al contexto histórico en que surgió, viendo en qué medida logra expresar las relaciones sociales de su época y cómo fue acogida por el público del siglo XVII.

El objetivo que el autor se propone es mostrar que el *Guzmán* "s'inscrit (par-delà les fantasmes de la psyché *conversa*) sur des coordonnées bourgeoises" (p. 447). Tarea en sumo grado difícil si consideramos que gran parte de la crítica niega la existencia del capitalismo en la España de los siglos XVI y XVII y que son pocos los estudios al respecto. Doblemente meritoria, pues, la presente investigación.

Salta a la vista que una de las motivaciones principales del trabajo se debe a ciertos conceptos erróneos de la crítica, y Cavillac, a lo largo de los siete capítulos que componen el libro, se esmera en evidenciarlos. Una vez lanzada la hipótesis de que la novela picaresca "naquit de tensions spécifiques à la mentalité espagnole du Siècle d'Or" (p. 22), el primer obstáculo que se presentó fueron los juicios de Américo Castro, quien, por un lado, da una "explicación *conversa*" de la obra y, por otro, excluye la idea de que España contara entonces con una burguesía. Para Cavillac, la problemática que plantea el texto es mucho más amplia (social y no de razas), y los puntos de coincidencia entre la conducta del converso y la del pícaro (cambio de identidad, nomadismo, etc. . .) provienen del humanismo erasmiano, la literatura de remedio de pobres, los textos mercantilistas, etc. . . Ahora bien, contra la corriente opinión de que España careció de un estadio capitalista en la época aludida, nada más revelador que las pruebas suministradas por la historia y éstas son la base de la argumentación de Cavillac frente a semejante equívoco.

Sin embargo, Cavillac no reduce su examen a las observaciones de Castro, sino que reúne y critica un conjunto de variadas interpretaciones. En tres puntos convergen los autores (Bataillon, Moreno Báez, Tierno Galván, entre otros) que niegan todo propósito reformador en el libro: el pesimismo que refleja, el supuesto "perfectismo" religioso a que aspira, y la inexistencia de una ideología burguesa capaz de suplantarse los valores existentes (p. 56).

Una revisión minuciosa de la *Ortografía castellana* deshace la imagen fatalista de Alemán difundida por la crítica. Pero Cavillac va más lejos. Para él, el discurso teológico del relato es el principal mediador del contexto sociológico. Así pues, en la medida en que la teología es portadora de un proyecto político y económico, adquiere interés para el autor. Particularmente en el capítulo II explicará los postulados religiosos que sustenta la novela. Cavillac parte de que el episodio de la cristianización del héroe es la clave estética e ideológica del texto (p. 102). No obstante, algunos críticos (A. del Monte, S. Eoff), basados en los criterios tridentinos sobre la conversión —fundada en la práctica meritoria de buenas obras—, la estiman inverosímil o un simple recurso literario. La cuestión radica, según Cavillac, en que el libro debe leerse desde

la perspectiva del agustinismo, cuya fuente primordial es San Pablo. Si Guzmán puede ser el narrador de su desviada vida e invitar a los pecadores a seguir el camino del bien común, haciendo atriaca de los vicios, es porque es un predestinado que se transforma en *Atalaya de la vida humana* al poseer la palabra de Dios. Por un lado, a través de las ideas agustinianas sobre la paternidad universal de Adán, se cuestionan los valores aristocráticos y, por otro, mediante la dialéctica paulina de la metamorfosis del Hombre viejo (hijo bastardo de Adán) al servicio de sus pasiones, en Hombre nuevo (hijo legítimo de Dios), amo de su razón, Alemán expresa la idea revolucionaria de que el futuro es del burgués (ya que el pícaro recibió la gracia después de haber realizado un negocio exitoso).

Al considerar el *Guzmán* como anticapitalista, la crítica ha olvidado, precisa acertadamente el autor, que en aquella época el capitalismo se manifestaba en dos formas opuestas: la finanza cosmopolita y la mercancía nacional. Esta distinción es esencial para comprender la mentalidad española en el período aludido, pues el negociante censurado en todos los ámbitos (arbitrios, Cortes, literatura) es el financiero. En el capítulo III, Cavillac nos proporciona un panorama histórico —el itinerario del mercader de 1521 a 1607— que muestra cómo se generaliza el uso de la finanza en detrimento de la mercancía. “L'échec du *mercader*, au-delà de ses propres erreurs, est essentiellement imputable au pseudo-capitalisme mis en place par les banquiers de Gênes avec la complicité objective de l'impérialisme royal” (p. 173). Será necesaria la serie de bancarrotas —y en particular la depresión de 1596-1607— para que los hombres de negocios recapaciten sobre su situación.

Tales reflexiones, desarrolladas por clérigos (muchos emparentados con comerciantes) y mercaderes, conformarán una axiología mercantil. Ésta será el objeto de investigación del capítulo IV. La literatura teológico-moral escrita entre 1540 y 1600 gira en torno a tres temas: el préstamo a interés, la limosna y el honor. Respecto al problema del crédito, el autor aborda primero las ideas de los principales precursores del pensamiento económico (Villalón, Saravia, Alcalá), luego estudia la escuela cuantitativista (Soto, Azpilcueta, Mercado) y finalmente relaciona las posiciones de católicos y protestantes. Todos coinciden en reprobar el parasitismo del préstamo usurario y justificar el interés moderado. Sobre el tema de la limosna, Cavillac parte del análisis de las teorías erasmianas y nos ofrece un panorama de la literatura de remedio de pobres que llega hasta el canónigo Miguel Giginta y el doctor Pérez de Herrera. La censura de la pereza y la valoración del trabajo están presentes en todos los escritos. Este rechazo a la ociosidad implicaba una crítica severa al *ethos* aristocrático, tanto por su idea del *otium cum dignitate* como por su definición del honor hereditario. Dado que todos provenimos de la masa corrupta de Adán, nacemos en igualdad de condiciones y la virtud, obtenida mediante el trabajo y la educación, es la única nobleza adquirible.

Tales concepciones se plasmarían, a principios del siglo XVII, en un programa político de restauración nacional. En el capítulo V, Cavillac examina la reflexión de los españoles sobre su práctica económica y demuestra la existencia de una mentalidad mercantil caracterizada por el “atalayismo”. De Luis Ortiz a Sancho de Moncada, expone las ideas de los principales voceros del mercantilismo —incluyendo las Cortes y los mercaderes (Damián de Olivares). Con el análisis de su economía a partir del descubrimiento de América, los teóricos concluían que los tesoros indios no se habían usado correctamente.

En consecuencia, los valores aristocráticos normados por la renta son cuestionados por una ideología capitalista (cuyos modelos son florencia y Venecia), basada en el ideal del trabajo y la consolidación de la clase media. Soluciones semejantes son propuestas por los mercantilistas franceses (Laffemas, Montchrestien), comparación que sirve al autor para sostener que España no estaba desfasada respecto al resto de Europa. Trata luego la cuestión de las fuentes de la ideología de la Razón de Estado (Tácito, Bodin y Botero) y la influencia del humanismo erasmiano en la aceptación del mercantilismo.

Las ideas de estos teóricos repercutieron notablemente en la literatura contemporánea. Con algunos ejemplos que podrían multiplicarse, Cavillac ilustra el surgimiento de una imagen positiva del mercader en la literatura del siglo xvii (pp. 143-148). El capítulo VI comienza con el establecimiento de una serie de paralelos entre la literatura picaresca y las principales fases de la actividad arbitrista, que parece responder a un determinismo histórico que sería deseable matizar. Pasa luego a confrontar el *Guzmán* con el discurso mercantilista. Alemán, imbuido en la problemática social de su tiempo (pp. 174-179), es partidario de las nuevas ideas: la perspectiva “atalayista” de la obra está en íntima relación con “la démarche synthétisante des réformateurs contemporains” (p. 317). Esto lo aclara Cavillac con el análisis del nomadismo del pícaro, que plantea los problemas del mendigo ocioso y el mercader sedentario; de la geografía de la obra, que corresponde a un código mercantil; de los orígenes sociales de Guzmán, que son burgueses; de la biografía del personaje, que coincide con la de la “burguesía abandonada”, y de la forma personal, también usada en los discursos reformadores.

Para terminar, estudia las ideas sobre la pobreza y la mercancía expuestas en el texto, y manifiesta que la filosofía social y el pensamiento económico y político de Alemán coinciden con las teorías más avanzadas de la época (incluyendo el calvinismo). Sus opiniones sobre la reforma a la mendicidad quedan elucidadas con el examen de dos cartas que dirigió a Herrera, pues en ellas sugiere modificaciones similares a las del *Amparo de pobres*. Algo semejante sucede en el *Guzmán*; Cavillac patentiza el rechazo del escritor al mundo de los mendigos asimilándolo al de la delincuencia y, mediante el análisis de los personajes eclesiásticos, su adhesión a las tesis reformistas sobre la estatización de la beneficencia. En el aspecto económico describe las relaciones de Guzmán con los círculos financieros (familiares genoveses, procedimientos fraudulentos, actividad usurera del héroe) y concluye que la crítica de Alemán es hacia el mal uso del comercio instaurado en la Península por los genoveses. El objetivo económico propuesto es salvar el alma del mercader restableciendo el comercio sobre bases sanas, nacionalizando el crédito (basado en el *lucrum moderatum*), decretando leyes y creando la infraestructura necesaria al comercio. Finalmente habla del ideal político alemaniano y señala que implica una reprobación a la nobleza hereditaria, al burgués desclasado y al campesinado. En cuanto al funcionamiento del Estado, demuestra la inclinación del autor por el modelo de las ciudades que supieron sustraerse a la especulación financiera.

Para Cavillac, después de 1626, “la philosophie du picaresque... finira de se déproblématiser dans d’artificiels récits de gueuserie” y sólo en 1646, *Estebanillo González* dará “des signes d’intelligence avec ses lointains modèles” (p. 316). Sin embargo, sería necesario reparar en los escritos de Castillo Solorzano que, aunque han sido calificados como frívolos, requieren de mayor atención.

A lo largo del libro, el autor nos enseña de qué manera era captado el *Guzmán* por el medio social en que se gestó. Va corroborando paulatinamente la hipótesis del éxito burgués de la novela lanzada en el primer capítulo. Cavillac realiza, pues, una síntesis de los complejos y variados valores del texto (sociales, éticos, estéticos y de sensibilidad) desde un enfoque sociológico de la literatura. Empero, el sincretismo del relato es la justificación para que sostenga que es inútil leer “suivant la pente d'un quelconque ‘réalisme-reflet’ un texte dont le rapport à l'Histoire doit être capté à un niveau plus profond” (p. 352). Dejando a un lado las concepciones del arte como reflejo, doctrinarias y simplistas, pienso que tal teoría presenta dificultades que ameritan mayor reflexión. Luckács sostiene, por ejemplo, que la estética marxista, lejos de contentarse con la reproducción fotográfica, se opone a dicha tendencia¹.

La investigación se complementa con unas conclusiones generales, una noticia bibliográfica de las obras de Alemán y un índice de autores. El libro del profesor Cavillac es de inevitable consulta para los estudiosos de la obra de Alemán y contribuye, en forma decidida, al conocimiento del capitalismo español en el Siglo de Oro.

YSLA CAMPBELL

R. M. FLORES, *Sancho Panza through three hundred seventy-five years of continuations, imitations, and criticism, 1605-1980*. Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, Newark, DE, 1982; x + 233 pp., 12 láms.

Tras establecer en el prefacio que su libro pretende reseñar la crítica sobre el *Quijote* no desde la perspectiva de don Quijote sino desde la de Sancho (y no exhaustivamente), Flores se embarca en un recorrido cronológico de los libros de ficción y de crítica que a veces imitan al escudero, a veces lo estudian, y como es el caso en el capítulo sobre el siglo XVII, algunas veces simplemente lo mencionan o muestran su influencia. Flores nos proporciona (especialmente en los primeros dos capítulos) un caudal de información interesante y útil; y para cada época escoge una o dos obras para él claves en la manera en que Sancho fue tratado o imitado, y las compara más detenidamente con el modelo original. Luego dedica un capítulo a la exposición de su propia manera de entender a Sancho y nos lega como apéndices (¡34!) una transcripción de las citas que lo llevaron a caracterizarlo de esa manera.

Los primeros cuatro capítulos corresponden a los (casi) cuatro siglos de tradición sanchesca. El del siglo XVII comienza con una comparación del Sancho de Avellaneda con el de Cervantes, para después citar referencias a Sancho en obras españolas de esa época, y luego pasearnos por la literatura inglesa, alemana, francesa e italiana. Las conclusiones son que en ese siglo: a) en general, a Sancho se le trató mejor en España que en el resto de Europa, donde sus faltas recibieron más atención que sus cualidades positivas; b) se le usó casi exclusivamente para provocar risa; y c) cuando es imitado o mencionado como gobernador de Barataria, la actitud de los escritores hacia él es sumamente benévola, lo cual no ocurre cuando es simplemente el escudero de don Quijote. Flores atribuye esto a una “conciencia de clase de los escri-

¹ Cf. *Prolegómenos a una estética marxista*, Grijalbo, México, 1965, pp. 244-257.